

AGENDA CIUDADANA

EL SALINISMO COMO PERDIDA DE TIEMPO

Lorenzo Meyer

Un Fuego Fatuo.- En 1945, y refiriéndose a las dos derrotas consecutivas que había sufrido Alemania en el siglo XX, John Kenneth Galbraith --entonces un joven economista--, consideró que la experiencia probaba que las dictaduras eran, por naturaleza, ineficientes, en tanto que los sistemas democráticos resultaban, a la larga, lo contrario: muy eficientes y confiables (*Fortune*, diciembre, 1945). Pues bien, una revisión del salinismo en México (1988-1994) muestra que Galbraith continúa teniendo razón por lo que se refiere a la ineficiencia inherente a los métodos y sistemas autoritarios: pueden concentrar fuerzas, irrumpir en la escena internacional con un ímpetu espectacular y deslumbrar a propios y extraños, pero con el correr del tiempo, y ante la ausencia de mecanismos de autocorrección, sus defectos se acumulan y terminan aplastándolos.

El salinismo corresponde a un estallido temporal de energía del autoritarismo postrevolucionario en la etapa final de su ciclo vital. Entre 1988 y 1994 al sistema político mexicano le sucedió lo que con frecuencia ocurre a ciertos organismos víctimas de una larga enfermedad: antes de que tenga lugar el desenlace final, experimentan una recuperación temporal, sin embargo, pronto vuelven a recaer a la condición anterior, pero agravada porque han consumido sus reservas.

Caracterización.- El salinismo se caracterizó tanto por un estilo acentuadamente personal del ejercicio del poder presidencial como por los contenidos de ese poder, al que se pretendió vivificar mediante la juventud e hiperactividad del presidente en las

dos arenas extremas del espectro social mexicano: los pobres y los que, como nunca, concentraron riqueza y privilegios.

El estilo salinista fue definido por una relación directa y constante, casi sin mediaciones institucionales, entre el líder y las masas por un lado, y entre ese mismo líder y las elites (nacionales e internacionales) por el otro. De entrada, el contenido fue determinado por la necesidad de neutralizar las consecuencias del gran fraude electoral del 6 de julio de 1988 y consolidar su base de apoyo. Mediante una hábil y costosa campaña de publicidad, la acción del salinismo fue presentada nacional e internacionalmente como una política audaz y resueltamente innovadora, casi revolucionaria. Se ocultó así el hecho de que, en la práctica, el esfuerzo presidencial tuvo un objetivo conservador y muy personal: prolongar en beneficio personal y de su grupo la transición de México a un régimen con mayor legitimidad y funcionalidad. Tanto estilo como contenido estuvieron impregnados por una notable corrupción, resultado de la voracidad del grupo salinista, que fue alimentada por la tradicional ausencia de controles --legales y políticos-- sobre la presidencia. Privaba, además, una coyuntura harto singular: el surgimiento de grandes oportunidades para convertir la riqueza pública en ganancia privada por la vía de contactos políticos privilegiados durante el proceso de desmantelamiento y privatización del amplio sector paraestatal.

El contenido del sexenio presidido por Salinas de Gortari consistió en llevar a sus últimas consecuencias las políticas de mercado iniciadas en el gobierno anterior pero sin permitir la necesaria transformación del sistema político, apenas su liberalización. El estilo presidencial se definió por contraste con la grisura de su antecesor. En efecto, desde el primer día de su gobierno, Carlos Salinas se propuso lograr una fuerte

concentración y personalización del poder presidencial para contrarrestar su falta de legitimidad inicial y llevar adelante la revolución económica neoliberal. Para ello, desarrolló un esfuerzo sistemático e ininterrumpido para hacer de la figura del presidente --de su voluntad, inteligencia, preparación académica, juventud, energía y carisma-- la raíz y razón de un proceso de cambio que pretendió ser visto como la inauguración de una nueva etapa histórica, de una modernización mexicana de largo aliento mediante la asociación con la norteamericana, de una economía que, en nombre del nacionalismo, se había mantenido muy protegida e ineficiente desde la II Guerra Mundial.

La relación con las bases sociales de un presidente que en su juventud se había visto atraído por el maoísmo, se hizo directa, sin más intermediación institucional entre líder y masas que la estrictamente necesaria, como en el populismo clásico. No en balde, Donald MacRae sugiere que en el maoísmo hay un elemento populista muy importante (Ghita Ionescu y Ernest Gellner, Populismo, p. 188). Salinas hizo a un lado al viejo partido de Estado, al PRI, y sus corporaciones --sindicatos y organizaciones agrarias -- y desde el 6 de diciembre de 1988 empezó a montar una plataforma personal para desde ahí emitir su discurso a la masas y organizarlas en torno a su persona: el Programa Nacional de Solidaridad (Pronasol), alimentado con el producto de las privatizaciones. De esta manera, alrededor del 50% de los mexicanos más pobres (40 millones) y políticamente indefensos fueron encuadrados en 250, 000 comités, y se convirtieron en clientela directa y exclusiva del presidente. A cambio de movilizarse políticamente en apoyo del joven líder, se les dio electricidad, según cifras

oficiales, a 20 millones, agua potable a 15. 4 millones, servicios de salud a 10.5 millones, escrituras a 2.5 millones, etcétera.

Salinas el líder de masas, construyó, a la vez, una relación personal y directa con la minoría poderosa --los beneficiados por la apertura y la privatización económicas-- y se convirtió, también, en el líder indiscutible de la nueva oligarquía de banqueros y empresarios supuestamente globalizados. Un indicador de esa relación tuvo lugar cuando los hombres de empresa mexicanos más poderosos fueron convocados a una cena con el presidente y el jefe formal del PRI para que contribuyeran con 625 millones de dólares a la campaña presidencial de 1994 y que debería colocar en la presidencia a quien Salinas nombrara como sucesor, en lo que entonces se pensaba sería una larga permanencia de su grupo en el poder.

Lo que Falló.- Antes que muchos en México, Salinas y sus tecnócratas se percataron de la importancia de la globalización en la remodelación de todas las economías nacionales y decidieron aprovechar los nuevos vientos para impulsar su nave. Sin embargo, el presidente no quiso darse cuenta que con el fin del régimen internacional de la Guerra Fría, la globalización iba a requerir cada vez más de un entorno donde la seguridad de largo plazo para el capital --fuese éste el propio de la inversión directa o el de la especulativa-- estuviera garantizada no por la voluntad de un presidente autoritario, sino por su antítesis: por la institucionalización y consolidación del Estado de Derecho.

En una situación como la de México al final de los años ochenta, y junto con la puesta al día del sistema educativo, lo urgente e importante era dar forma a un sistema legal y de procuración de justicia realmente moderno. Esa y no otra era la tarea más

importante para lograr para México las mejores condiciones posibles dentro de los duros marcos que la globalización estaba imponiendo a todos los países del mundo periférico. Sin embargo, reestructurar todo el sistema legal mexicano era --y sigue siendo-- una empresa titánica, una que no podía dar resultados espectaculares inmediatos y que inevitablemente tendría que enfrentarse a inercias e intereses creados de larga historia y enorme peso. La empresa requería de un estadista con voluntad de hierro, pues a la añeja historia de corrupción se añadía la creciente presencia del narcotráfico, que estaba terminando de minar a estructuras ya de por sí débiles: policías locales y federales, ministerios públicos, procuradores, jueces, generales, gobernadores, etcétera.

Desde el momento mismo en que Miguel de la Madrid (que fracasó en su propuesta de “renovación moral”) como presidente saliente y Carlos Salinas como entrante, decidieron recurrir en 1988 a la “caída del sistema” para sostener el monopolio político del PRI, fue imposible poner al Estado de Derecho en la agenda de la política oficial mexicana. Más tarde, las grandes fortunas hechas a la sombra de la privatización y los millones de dólares en cuentas bancarias de Suiza, consolidaron al salinismo como un episodio sobresaliente en la ya larga historia de la corrupción mexicana y alejaron más al país de la modernidad y lo acercaron a eso que se llama la “cleptocracia” --el gobierno de los ladrones-- que caracterizaba lo mismo a Nigeria, Indonesia, Filipinas, Marruecos o México. Hoy, el quinto sondeo de Transparency International (Berlín), que califica de cero a diez a 99 países según el grado percibido de corrupción, da a México apenas 3.4 (*Reforma*, 27 de octubre). Sin embargo, resulta que fue justamente esa situación la que hizo que, cuando el volátil capital especulativo -

-extranjero y nacional-- que había alimentado el “éxito” del salinismo, olfateó la debilidad del entramado que Carlos Salinas había heredado a Ernesto Zedillo, salieran huyendo en busca de nuevos campos para especular y volver a huir en cuanto se volvieran a oír los ruidos provocados por el crujir de estructuras políticas precarias como las de Rusia o Indonesia.

Democracia y Honestidad como Elementos de Competencia en la Globalidad.- En un sistema global donde el capital se mueve a voluntad y en segundos de un país a otro, y donde encuentra una periferia amplia y necesitada de su presencia, resulta que los inversores prefieren cada vez más los espacios seguros a los meramente especulativos; prefieren la protección de la ley y las instituciones a la del líder y su voluntad discrecional.

En el viejo régimen internacional de la Guerra Fría, el autoritarismo era muy apreciado, por funcional, por la inversión externa que iba al mundo subdesarrollado. Hoy, en la globalidad, es su antítesis, la democracia, la que ejerce esa atracción sobre el capital; y la tiene no porque ese capital haya cambiado de valores ¡que va! sino por razones prácticas. En efecto, hoy la democracia es la mejor base de legitimidad para cualquier régimen y, por tanto, de estabilidad. Los gobiernos autoritarios son cada vez menos predecibles en su desarrollo de largo plazo y la gobernabilidad tiene mayores posibilidades en aquellas sociedades que están cimentadas en los valores dominantes en los centros del sistema mundial. El que una empresa llegue a un arreglo con un gobernante, ya no le garantiza que los términos se mantendrán cuando cambien el gobierno y los responsable de tomar las decisiones políticas.

Todo apunta a que, en la actualidad, la honestidad producto de la existencia de un Estado de Derecho, es un buen negocio y una forma efectiva de competir en un sistema global donde hay una lucha feroz por atraer capitales. El combate a la corrupción --justamente el que el salinismo decidió no dar porque iba en contra de sus intereses personales y de grupo-- promueve un ambiente en donde la empresa global encuentra mayor seguridad porque puede planear, ya que las reglas reales guardan mayor correspondencia a las reglas formales y que los márgenes de discrecionalidad de los funcionarios son mínimos. Además, esa empresa puede ahorrarse esa parte de sus gastos que de otra manera se va en repartir dádivas a presidentes y sus parientes, a secretarios de Estado, a jefes de compras, a agentes aduanales, a policías de caminos, a jueces, etcétera.

Pérdida de Tiempo.- Visto a la distancia, el salinismo y sus secuelas fueron, entre otras muchas cosas, un gran obstáculo en la gran carrera que México libra contra el tiempo para construir el marco político, administrativo, legal y educativo que le permita atraer a eso que, nos guste o no, es el elemento indispensable para competir con nuestros iguales en la arena global: el capital y la tecnología internacionales. Los rasgos de ingobernabilidad que hoy se manifiestan de manera tan clara --inseguridad, movimientos armados, inviabilidad del sistema bancario, etcétera-- no tienen su origen en el sexenio del Pronasol, pero nada se hizo entonces para resolverlos y si, en cambio, mucho para agudizarlos. En fin, Galbraith vuelve a tener razón, a la larga son más eficientes los sistemas democráticos que aquellos que giran alrededor de la voluntad del “gran líder”.